

María

¡María! ¿Estas lista? María parecía no escuchar a su madre. Tumbada boca arriba sobre la cama miraba a su alrededor deseando encontrar algo nuevo. En su mesilla de noche descansaban, sin haber sido leídos jamás, los mismos libros desde hacía años. Y si abría sus pequeños cajones, un montón de cromos y recortables, con los que nunca supo jugar del todo, aparecían metidos entre las páginas de un antiguo misal de la abuela. A la derecha, un baúl de mimbre guardaba sus juguetes y encima de él y colgando de la pared, una repisa daba asiento a sus muñecas preferidas. Todas estaban torpemente vestidas. María les cambiaba la ropa y los lazos todas las semanas cuando llegaba, casi de noche, del Centro de Minusválidos. Cambiaba su disposición según los colores de su atuendo. También a su edredón lo colocaba del revés: una semana de flores y otra semana de rayas. Unas veces ponía la mesita de estudio debajo de la ventana y otras entre el armario y la puerta. Sin embargo, todo parecía igual. No se notaban los esfuerzos que hacía por darle un aire distinto a su cuarto.

¡María! Su madre insistía, pero ella estaba tan embobada que no la escuchaba. Desde hacía años, todos los días se preguntaba lo mismo. ¿Por qué su vida no era como la de sus amigas? Incluso durante las clases en el Centro, la pregunta daba vueltas en su desordenada cabeza.

- ¡María! - Gritó su madre entrando en la habitación. ¿Se puede saber por qué no estás vestida aún? Tu padre está a punto de llegar y sabes perfectamente el coraje que le da que no estés sentada en la mesa cuando él llega. ¿Cuántas veces habré de decirte que no te echés en la cama con los zapatos puestos?

- De todas formas, papá estará de mal humor.

- ¿Ya empezamos con lo de siempre? Parece que te encuentras a gusto diciendo todos los días las mismas tonterías, hija.

- Mamá, ¿todos los padres son iguales?
- ¿Cómo que iguales? ¿A qué te refieres?
- Que si a todos les duele siempre la cabeza cuando sus hijos hablan y que si todos quieren dormir la siesta sin escuchar una mosca.
- Anda, anda María. Siempre estás con lo mismo. Vístete y baja antes de que tu padre llegue. No quiero otra bronca hoy, por favor.

María se levantó despacio, sin ganas. Se acercó a la ventana y miró por ella. Limpió de vaho el cristal con la manga de su pijama. Abajo todo seguía igual. El naranjo aun tenía las bolitas verdes en vez de las flores que a ella le gustaban tanto. El suelo del jardín estaba cubierto de hojas y la calle estaba desierta. El cielo era del color de los pantalones que su padre llevaba al trabajo, y, pesaba tanto, que parecía que iba a aplastar las montañas que aparecían a lo lejos.

Se sentó en la mesa de estudio y abrió la cajita de madera con incrustaciones de nácar que la abuela le regaló. Allí estaba su muñeco de plastilina. Separó, como siempre, cada parte del muñeco y agrupó el material por colores. Con disciplina comenzó a crear uno nuevo. En todas las demás actividades del Centro tenía problemas, pero en ésta no. era su actividad preferida. Esta vez le pondría los pantalones verdes, la chaqueta roja y el sombrero azul. Intentaría darle otro aire.

El ruido de un motor en la calle detuvo sus movimientos. Interrumpió por unos segundos su respiración hasta asegurarse de identificar la voz y se dirigió a la ventana. Apartó los visillos y allí estaba. Era él. La escena se repetía a menudo. Su padre estaba de pie, de espaldas a la ventana, hablando con el conductor del coche que acababa de traerlo a casa y que permanecía en su asiento frente al volante. Se estaban despidiendo. A María le parecía un sueño escuchar las risas de su padre. Le gustaba contagiarse de él y aprovechaba para reír ella también, torciendo el gesto hasta parecer una grotesca máscara de carnaval. Era el único momento en que María se encontraba auténtica dueña

de la situación. Daba igual si su padre no le sonreía nunca. Había aprendido a hacer desaparecer la ventana, los visillos y hasta el aire que la separaba de él. Parecía tan fácil sentirse a su lado y compartir sus risas...

Cuando el coche arrancó y su padre se dio la vuelta, aún sonreía mientras caminaba hacia la casa, con las manos en los bolsillos y dando patadas a una lata de cerveza. ¡Parecía tan joven!

María se sentó rápidamente y tomando entre sus manos una bolita roja de plastilina, la arrastró por la mesa bajo la palma de su mano. Tras modelar con avidez el cordón, lo convirtió en una sonrisa que pegó con manos temblorosas en la cara del muñeco. “Quizá esta vez fuese la definitiva”.

¡María! –la voz de su madre sonaba desesperada tras un portazo que hizo retumbar toda la casa. Guardó en su cajón el muñeco y bajó las escaleras. Se asomó a la puerta del comedor sin hacer ruido y vio a su padre sentado de espaldas, en su sitio preferido, frente a la ventana. Esperó unos minutos a que su madre apareciese con la sopera humeante entre las manos. Le gustaba imaginar a su padre sonriendo y contando cosas divertidas. Recordó que en su clase, Encarnita Fernández siempre hablaba de su padre. Una vez contó que se cortó el dedo meñique con una maquina de la imprenta y le dieron dinero.

- ¿Todavía estas aquí, hija? – su madre le indicó con un guiño temeroso que se sentara. María se sentó dando traspies y arrastrando la silla. La fría luz que entraba por la ventana acentuaba los rasgos del rostro de su padre. María los examinó cuidadosamente esperando, en vano, encontrar un recuerdo del hombre que ella había visto riéndose unos minutos antes. Las comisuras de sus labios se doblaban hacia abajo y las cejas caían amenazadoras sobre unos ojos apagados que parecían querer descubrir algo escondido en la sopa. Cuando María hizo el intento de preguntarle que tal le había ido en el trabajo, su padre levanto la palma de la mano izquierda frente a ella y se llevó

la derecha a la cabeza mientras entrecerraba los ojos en gesto de dolor. Era la señal. La práctica en el gesto lo había hecho eficaz. A partir de ahí, los únicos sonidos que María escuchó fueron los que hacían los cubiertos al rozar la loza de los platos.

Ayudó a su madre a recoger la mesa en silencio y subió despacio la escalera. Cada día que pasaba le costaba más trabajo subir los escalones. Parecía como si la tristeza llenase con kilos de plomo los bolsillos de su chándal. Su madre se asomó a la puerta de la cocina e intentó sonreír. ¡María! Sólo tienes doce años, sube con más espíritu hija. ¿Qué harás cuando seas como yo?

María entró en su habitación y fue hacia la ventana. Miró el cielo que seguía gris. Más gris que nunca. Se giró en redondo y examinó desesperanzada su cuarto, sus juguetes. Les lanzó una mirada de reproche contenido, como si en ellos estuviera la respuesta a su eterna pregunta y no quisieran dársela a conocer. ¿Por qué a su padre no le gustaba cómo era ella? No quería mirarla a la cara y no tenía paciencia para entender lo que sus torpes labios deletreaban entre babas. Se sentó ante su mesa y abrió la cajita de madera con incrustaciones de nácar que su abuela le regaló cuando era una niña. Cuando todos creían, inocentes, que su enfermedad tendría remedio. Sacó el muñeco de plastilina y lo observó con detenimiento mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla. Separó la sonrisa roja de la cara azul. Hizo una bolita con ella, la colocó bajo su mano y, aplastándola la convirtió en un cordón. Lo cogió entre sus dedos y lo estampó con desesperación sobre la cabeza del muñeco, curvándolo hacia abajo. “Tampoco hoy ha habido suerte, habrá que seguir esperando”.

Emy luna